

NOTAS NOTAS

suyo, tal vez, con los hombres de mirada brillante, cuya presencia adivinaba en torno suyo, en lo negro sobre esa ruta, en las ciudades a lo largo de esa ruta y en los escombros, lejos de todas las rutas. Quiso sonreír a alguien, pero no había nadie junto a él...”.

La violencia del sistema por la cual muere el héroe de LA FRONTERA posiblemente sea la causa (este en planos subjetivos), que motivó alguna vez a Régis Debray a dejar el París de la Gran Cultura para irse a meter en un monte junto a aquel Duende incansable y asmático que murió en una escuela.

El mundo de la alienación está acusado con un índice en esta narración del prisionero de Camiri. La Frontera hay que derribarla.

El otro relato es UN JOVEN AL DIA.

BLAS PEROZO NAVEDA

MADERA QUEMADA

ROA BASTOS, Augusto

Relatos. Editorial Universitaria, S. A. Colección Letras de América. Santiago. Chile, 1967. 168 pp.

Un tipo viene en una carreta con su mujer. El duerme que duerme la siesta y su mujer, toda pálida y envejecida, con las comisuras de los labios rayadas grita cuando ve venir una procesión con un Cristo bamboleándose.

Ese es el comienzo del primer relato de este libro de Augusto Roa Bastos que se llama MADERA QUEMADA. Es el comienzo, el inicio, la punta del hilo que a través del libro va a cerrar un círculo para terminar en otra imagen de Cristo, no clavado sino colgado. Este primer relato se llama KURUPI y en él podemos pescar, de entre cada párrafo, saltando por encima de una manera de escribir desde afuera a un escritor para quien lo esencial es la denuncia de los atropellos y las villanías de un gobierno feudal. Así también, usando el mismo método de pesca; ese de meterse uno por detrás del silencio del que escribe y jorungar y levantar tablitas y tablitas escondidas en las palabras, en el fondo de las palabras; descubrimos que el señor Roa Bastos tiene la aplaudible intención de decir que la Iglesia es cómplice de ese gobierno feudal que subyuga al pueblo.

A través de este primer relato hay detrás una estampa religiosa. Una estampa que ha sido impuesta a los pueblos de América por el fuego del conquistador primero, y luego mantenida por los siempre interesados y nunca faltantes jueces inquisidores. Vemos así, cómo siempre el pueblo recurre a Dios, a la Virgen y a los santos sin percatarse del engaño y del elemento mediatizador que está detrás de cada estampa. Pero en Roa Bastos la cosa cambia y más de uno, no solamente no cree, sino que en un acto sagrado de venganza decide colgar al ejecutor de la infamia — Melitón Isasi — en el mismo sitio donde estuvo el Cristo que es adorado por todos. Es, ni más ni menos, que la desmitificación de la bondad del Cristo, por lo menos el de ese pueblo. Lo que ese

NOTAS NOTAS

Cristo ha hecho está ligado a la complicidad, la maldad y la mediatización, todo con el disfraz de la dulzura y la humildad. En el lugar de él, cuelgan a Melitón Isasi que es la maldad con figura de gente. Es un Guaviare y ya sabemos lo que eso quiere decir. Sin embargo a este señor de pistolas, matón de nacimiento, reclutador de jóvenes para hacerlos pelear en la guerra, Roa Bastos le da la justificación de la condición humana. El es el representante-ejecutor de un gobierno feudal que desde arriba es mantenido por Wall Street y por todo el sistema. El es lo que otros, los que manejan los hilos, han hecho de él. Es posible que esta sea la causa por la cual Melitón en un determinado momento, aparece humanizado. Humanizado por el amor. Un amor que al principio fue seducción, violación y sanguijuela, pero que después con la próxima llegada de un hijo y su imposibilidad de realización, se transforma en un amasijo de paternalismo con sexo. Situación que desemboca en un drama extraño donde se hace presente la condición humana. Condición humana plasmada en un deshéroee que es Melitón. Es un deshéroee, un no héroe porque es precisamente el ejecutor de la injusticia.

Es más, podríamos verle como a un Cristo malo, como a un Cristo igual a ese que nos llega a las narices por medio de los ejecutores sagrados de la ley de Dios. Los curas dan a nuestros pueblos un Cristo que predica la humildad, cosa que en nuestros países significa el más soterrado servilismo. Y es a conciencia. Nunca han dado el Cristo del templo echando candela por los ojos y diciendo insolencias, pegando con un látigo

a los fariseos, a los verdaderos fariseos. Melitón sería así, después de colgado en el sitio del Cristo, un Cristo tal y cual lo conocemos en nuestros países: un Cristo al lado de los poderosos. El es la mediatización por medio de la violencia. Además, tiene a una mujer; su mujer, que lo ama y le aguanta, en un sufrimiento resignado y muy beato, que viole a todas las mujeres del pueblo. Ella se percaata de que va a seducir a una niña de 15 años, pero ella siempre guarda silencio y sigue siendo "la sufrida". Es una víctima. Al final se cae por un barranco al contemplar a su marido colgado en el sitio del Cristo donde ella había ido a rezar. La mujer es un personaje borroso y que uno imagina siempre con cara de víctima, de padecimiento, de incapacidad, de impotencia, por demás grotesco. Está de alguna manera ligado a las otras víctimas: los puebleros, los indios, los campesinos. De tanta impotencia se manifiestan pintados con pinceladas gruesas, con aires turbios, adormecidos.

Pero hay más todavía. Hay mucho más de denuncia. Hay un cura cómplice de las andadas de Melitón. Y hay una Celestina, una Trotaconventos, una mujer religiosa y muy chismosa, que lleva y trae cuentos y brollos a la muy sufrida Brígida, que así se llama la mujer de Melitón.

Melitón ha seducido a una menor cuyos hermanos están en la guerra. Pero de pronto la guerra termina y Melitón teme pagar. Huye con la muchacha y ésta muere. Melitón está desaparecido. El pueblo todo murmura, vocifera contra Melitón. El pueblo es ira que arde. "Ya volverá

NOTAS NOTAS

y la va a pagar, los morochos lo van a matar. Ellos son unos incrédulos". Dicen. Un buen día los hermanos de la muchacha le encuentran en un camino y lo cuelgan. Ellos son los que han sido reclutados para ir a la guerra. Unos que nunca han creído en ningún Cristo. Ellos, víctimas expiatorias siempre, ejecutan la venganza.

Es así este primer relato. Detrás queda toda la ironía del escritor. Lo primordial en él es la denuncia. En una ocasión Roa Bastos se confesó militante de "...una literatura de la acción, que partiendo de la realidad refluye sobre ella para modificarla y para afirmar el proceso de liberación en el plano de la sociedad y de la cultura". Y esto está en la nota preliminar de **MADERA QUEMADA**.

Otro relato es **EL VIEJO SEÑOR OBISPO** en donde un hombre anciano es ni más ni menos que un santo o tal vez un Jesucristo con sus apóstoles y todo. Está acompañado de una mujer: su hermana. Solterona como él que a decir del escritor era un santo varón pues "...la castidad estaba incrustada en sus riñones como un hacha". El, el señor Obispo, es la devoción y la santidad llevada al extremo. Hay un parangón con la vida del hombre-Dios. Es un santo. Y es un hombre. Un hombre que en más de una ocasión ha empleado la dignidad para dar ejemplo. Pero, ¿qué sucede en un mundo donde ni eso — la dignidad, así religiosamente entendida — da ningún resultado? He ahí lo que Roa Bastos se guarda para sí. El santo varón que es el Viejo Señor Obispo ha desperdiciado toda

su vida, aunque muere convencido de que lo hecho por él es lo más justo y lo que su Dios le ha mandado. Es necesario entonces algo más para imponer la verdadera dignidad. No una individual y sola, sino otra. Llena de gente, una dignidad de mucha gente y para mucha gente. Es necesario algo más, dice el escritor en la trastienda. Es necesario la acción social trascendente: la revolución. Y esto no lo dice así, de primer plano, Roa Bastos. Su método es medieval: enseñar con lo malo. Sugerir las soluciones, el remedio, presentando la llaga. Toda solución, pues, queda dormida en el fondo de lo que es significado, pintado, denunciado, por medio del arma mortífera de la palabra. La palabra adquiere así, su verdadera dimensión: la de la enemistad plena con la maldad y el crimen. La dimensión de la insurrección. Así todo queda dormido en el fondo, después que los mendigos, los 11 mendigos (¿apóstoles?) que siempre acompañaban en la vena al Obispo, lo llevan a la tumba. Antes ha habido una última cena, con rito y todo.

Es evidente, como lo dije antes, un paralelo comparativo con la vida de Cristo. Esto es una mediación. Esto tiene su por qué. En el primer cuento Roa Bastos ha pintado el Cristo impuesto a sangre y fuego, a fuerza de represión. En este es el Cristo de la bondad, el justo. Pero ya ni ese sirve para combatir al sistema. Con esa bondad individual y alienante es imposible la liberación. Siempre ese tipo de acción, luchando contra el gran monstruo de los millones, es intrascendente, a histórica. Hay, pues una desmitificación de la religión como arma de lucha.

NOTAS NOTAS

Para dar ejemplos claros, certezas, de que la vida que se imita en este relato es la vida de perfección, basta con citar. Vemos a los apóstoles: los mendigos. Hay la virginidad de la mujer dedicada al santo, también virgen; su hermana Teresa. En el grupo de apóstoles hay un mendigo que se saca los gusanos de la nariz: ¿Lázaro? Hay también una mendiga que ha sido prostituta y que se siente liberada cuando llora la muerte del santo: ¿Magdalena? De todos modos no somos nosotros quienes hemos estado en los bastidores, en el trasfondo, en la intención del escritor. Por eso sería descabellado afirmar lo que hemos dicho de una manera categórica y axiomática. Todo está ahí guarecido por una distancia que el escritor ha creado. Al final, algo sin comentarios pero sí con la certeza de que la palabra poética es enemiga de la maldad: *"...los pies descalzos del pueblo batían el polvo caminando lentamente junto al viejo amigo muerto que parecía dormido"*.

Ahora es una guerra. Es otro relato. Paraguayos y bolivianos se matan. De noche se intercambian canciones. La madera de América se quema. Se quema inútilmente en guerras fratricidas, sin sentido. Hay unos prisioneros. Alguien decide cavar un túnel para escapar. Los otros dicen que sí. Y todos están pendientes y comprometidos. Antes han habido 17 muertos. Suicidios. Muertos en la cámara de torturas. Un soldado oscuro, como todos los soldados de América al servicio de los ejércitos burgueses, cava en la oscuridad. Un plato, con el cual se suicidó uno, sirve para cavar. El túnel llegará a un río. De pronto hubo un desprendimiento. (En el

desprendimiento del montón de tierra ha comenzado el relato y ahí va a terminar. Se va a cerrar un círculo. Esto nos da una estructura cervantina. Recordemos las novelas ejemplares). Todo se viene al suelo. El que moría bajo el montón de tierra fresca baja hasta un túnel, otro, el de la conciencia. Ve todos SUS muertos. Ve su vida. Fue muriendo lentamente, despedazándose en lo más hondo y en las carnes. Ha poseído la lucidez por unos instantes. Los instantes de la muerte. (Este también es cervantino. Recordemos la muerte de Don Quijote: ya para morir se percató de todo. Ha estado dormido y ahora está despierto. La dulce paradoja de la vida: se vive para el momento de la muerte).

Al otro día sus compañeros fueron masacrados: "...al otro día la ciudad se enteró solamente de que unos cuantos presos habían sido liquidados en el momento en que pretendían evadirse por un túnel". El relato se llama LA EXCAVACION. Es el testimonio de la masacre que se comete con los presos políticos y del crimen que se comete con los jóvenes al hacerlos cerrar filas "para servir a la Patria". Además de la complicidad de los medios de comunicación de masas ante estos crímenes: "...los periodistas nacionales y extranjeros fueron invitados a examinarlo (el túnel). Quedaron satisfechos (como siempre) al ver el boquete de entrada de la celda. La evidencia anulaba un detalle: la inexistente salida *que nadie pidió ver*".

Dos líneas más y el relato concluye.

He ido leyendo el libro y tomando notas. Es ahora, a estas alturas, cuan-

NOTAS NOTAS

do me percato de que el título es sumamente significativo: MADERA QUEMADA. Si bien son relatos independientes entre sí, tienen una unidad dada por la denuncia, por el análisis concienzudo, por la conciencia de que la madera de América Latina, esa que debería servir para la liberación, se pierde, se quema, prendida la mecha por los más interesados, por los que no están interesados, por un problema de intereses, en la liberación de nuestros pueblos. Pero entremos en otro relato. Metámonos de patas. Ya. La sorpresa y la claridad nos espera.

Hemos entrado de pronto en un relato extraordinario. EL BALDIO. La condición humana, plena, manchada y sin mancha, pura e impura, violencia y ternura, la condición humana única, se hace presente. Aquí la tenemos de cuerpo presente: un tipo se arrastra y arrastra a otro evidentemente muerto. Uno piensa "tal vez lo mató el que lo arrastra" pero no lo sabe a ciencia cierta. Es el símbolo poético con toda su ambigüedad. El hecho es que lo arrastra por las manos unas veces, por los cabellos, por las extremidades, otras. Situación A: (supongamos que estamos en una clase de física elemental, donde todo se nombra con A, B o C, con V sub uno y triple doble z sub dos, supongamos esto porque en este relato los personajes no se llaman Pedro o Juan, simplemente son y actúan en el mundo) hay uno que arrastra y otro que es arrastrado. La cabeza del "arrastrado", que ya de hecho creemos y olemos que está muerto, tieso, "da tumbos alegremente". Es en un monte. Un pequeño monte donde botan la basura en las afueras de la

ciudad. Ella está lejos. Uno dice "seguramente parpadea desde lejos". La ciudad, es claro. El arrastrante, asesino desde ya, arrastra a su víctima. "Sí, de hecho lo ha matado él", pensamos. Llegan a un lugar donde la maleza es muy alta y el arrastrante oculta al "arrastrado". De pronto, en plena operación, se escucha un llanto. Busca asustado. "Nada, se cree descubierto". Decimos desde el fondo yo y mis fantasmas. Entre la maleza un niño envuelto en periódicos. "El papel del envoltorio crujó. Entre las hojas del diario se debatía una formita humana. El hombre la tomó en sus brazos. Su gesto era desmemoriado y torpe, el gesto de alguien que no sabe lo que hace pero que de todos modos no puede dejar de hacerlo. Se incorporó lentamente como asqueado de una repentina ternura semejante al más extremo desamparo, y quitándose el saco arropó con él a la criatura húmeda y lloriqueante.

Cada vez más rápido, corriendo casi, se alejó del yuyal con ese vagido y desapareció en la oscuridad".

Es el hombre todo entero que se ha hecho presente en este relato de Roa Bastos. El Hombre con su crimen y su ternura. Inevitablemente el Hombre. El libro adquiere aquí la dimensión Universal.

Llegamos a otro relato. EL PRISIONERO. Aquí se pone en evidencia otra vez la injusticia que se comete con los soldados. Los soldados de los "ejércitos nacionales". Víctimas. Víctimas sin salida. Un joven es reclutado y forma parte del escuadrón que está al mando de un asesino. Este es un viejo militar que se encarga de

NOTAS NOTAS

buscar hasta debajo de la tierra a sus víctimas, guerrilleros que luchan. Una noche el jefe sale a buscar a unas víctimas y deja un prisionero al cuidado del joven, que apenas cuenta 18 años. Hay una atmósfera tensa y de desesperación pues el joven recuerda a su hermano mayor que ya ha estado en otra guerra y ha sido marcado en la frente. Esta marca le ha dado mayor lucidez. El joven —Hugo Saldivar— recuerda sus palabras mientras vigila al prisionero que ha metido en un hoyo sin mirarle la cara en la oscuridad. “Todos tenemos que unirnos Hugo, para voltear esto que ya no da más y hacer surgir en cambio una estructura social en la que podamos vivir todos sin sentirnos enemigos. En la que querer vivir como amigos sea la finalidad natural de todos”. La tragedia está en que este muchacho despierta en la mañana y mira al prisionero que está siendo comido por las hormigas. Las hormigas negras se le suben al prisionero por la frente, le están comiendo la cicatriz. Es Victor Saldivar, su hermano. Deserta y muere ahogado. Hay como un castigo que siempre pagan los que menos culpas tienen: los desposeídos.

En la TUMBA VIVA sin embargo, no es sólo el desposeído el que paga. Un viejo avaro y feudal explota a los seres como esclavos. Es en una hacienda. El viejo tiene dos hijos muy bellos, muy blancos y bien cuidados. Son unos niños. Un varón y una hembra. Un día los trabajadores, esclavos, llegan llorando a la casa del amo pues varios niños, sus hijos, han desaparecido. El amo los saca a gritos y a insultos. Los niños siguen desapareciendo y los esclavos siempre vuel-

ven a la casa del amo y éste los vuelve a botar llamándolos haraganes. Los esclavos inventan miles de brujerías para atrapar al raptor. Ya se sabe que hay alguien que rapta a los niños. Alguno que otro vecino ha dicho que ha visto a un enano con una joroba enorme, huir por el monte. Es un leproso que decapita a sus víctimas para bañarse en la sangre fresca. La niña del viejo feudal, que es la pureza personificada, escucha una conversación y decide, en confabulación con su hermano, detener al enano. Desaparece. El viejo enloquece. El niño cree que su hermana se llama Alicia y está en el país de las maravillas. Es internado en un colegio donde se educa y es compañero del supuesto narrador. Llega, con trampas, a ser abogado. Antes hay una escena goyesca donde el enano muere de gangrena y “sus labios tumefactos por la lepra, no alcanzaron a mojarse con el agua cristalina...”.

Hay en todos los relatos un regusto por lo grotesco que siempre nos recuerda a Goya o al más reciente José Luis Cuevas. Siempre hay escenas tremendas, diabólicas, de aquelarres, donde seres deformes parecen gozar del sufrimiento. En LA TUMBA VIVA es castigado el señor feudal por su impiedad ante el dolor humano. Pierde a su hija en manos del enano. Y muere desesperado después de haber realizado la venganza, pues el enano leproso muere al caer en una de sus trampas. Pero el castigo para los poderosos trasciende más allá siempre. De la familia del feudal no solamente pagan los culpables, sino también los inocentes. La niña muere y ella es pura e ingenua. Su sonrisa incorruptible queda vagando

NOTAS NOTAS

por el feudo. El castigo sin embargo no termina. Debe llegar hasta el último de la familia culpable. Y el hermano, compañero del supuesto narrador, que ha crecido y se ha educado siendo un patán y un déspota, es castigado. Un día un niño descubre en su presencia, los restos de Alicia colgados de un árbol. Hay en estos relatos una venganza sin límites contra los que explotan. Los explotados siempre están dibujados con el pulso de lo grotesco. Uno los mira negros de tizne, de barro, demacrados, sordidos, hambrientos, víctimas, chatos, patudos, huesudos. Estos seres grotescos esperan una venganza. Y son ellos mismos, al final de cuentas, los que la realizan, como en el caso del enano leproso, pero mueren en el acto. Como si no tuvieran derecho a la vida, mueren siempre. Mueren porque son seres sin escapatoria, muertos en vida. La realidad es de una crueldad sin límites y por eso es denunciada por Roa Bastos sin ninguna piedad. Y es que Roa Bastos es ante todo un hombre que vive la realidad. Que la palpa y no puede ser indiferente a ella. En la nota preliminar de **MADERA QUEMADA** encontramos estas palabras, escritas por Roa Bastos en el Boletín literario bibliográfico de la Editorial Lössada, *Negro sobre Blanco*, que se edita en Buenos Aires. Es el número 8, de noviembre de 1958, en la página 74:

“El hombre de letras contemporáneo siente que su oficio se le torna de

más en más en una misión, una manera de actuar sobre su contorno, siempre que lo haga dentro de los límites propios de su condición de escritor. Sumergido en el caldeado debate de nuestro tiempo no puede evadirlo pero tampoco reflejarlo como un espectador pasivo o como un testigo desinteresado. La disyuntiva es rigurosa: toma en sus manos el candente material y trabaja con él, a la escala de los intereses y las aspiraciones de su época, de su colectividad; o lo rehuye. Pero en este caso, es casi seguro que su obra resultará inocua. Carecerá de peso específico, de radiación vital y espiritual. La posibilidad de resonancia de un escritor radica sin duda en la autenticidad de su labor, que deviene accesible a la comprensión y emoción de sus contemporáneos porque lleva en sí la semilla de sus necesidades, la modulación de sus temas y las respuestas a sus preguntas fundamentales, el aire y la ley del tiempo en que se forjan”.

MADERA QUEMADA consta de los siguientes relatos: Kurupí, Bajo el Puente, Niño-azoté, El Baldío, El y el Otro, El Viejo Señor Obispo, La Excavación, El Prisionero, La Tumba Viva y El Trueno sobre las Hojas.

BLAS PEROZO NAVEDA

Nota: Toda cita aparecida en esta nota ha sido tomada del libro **MADERA QUEMADA**, de Augusto Roa Bastos.